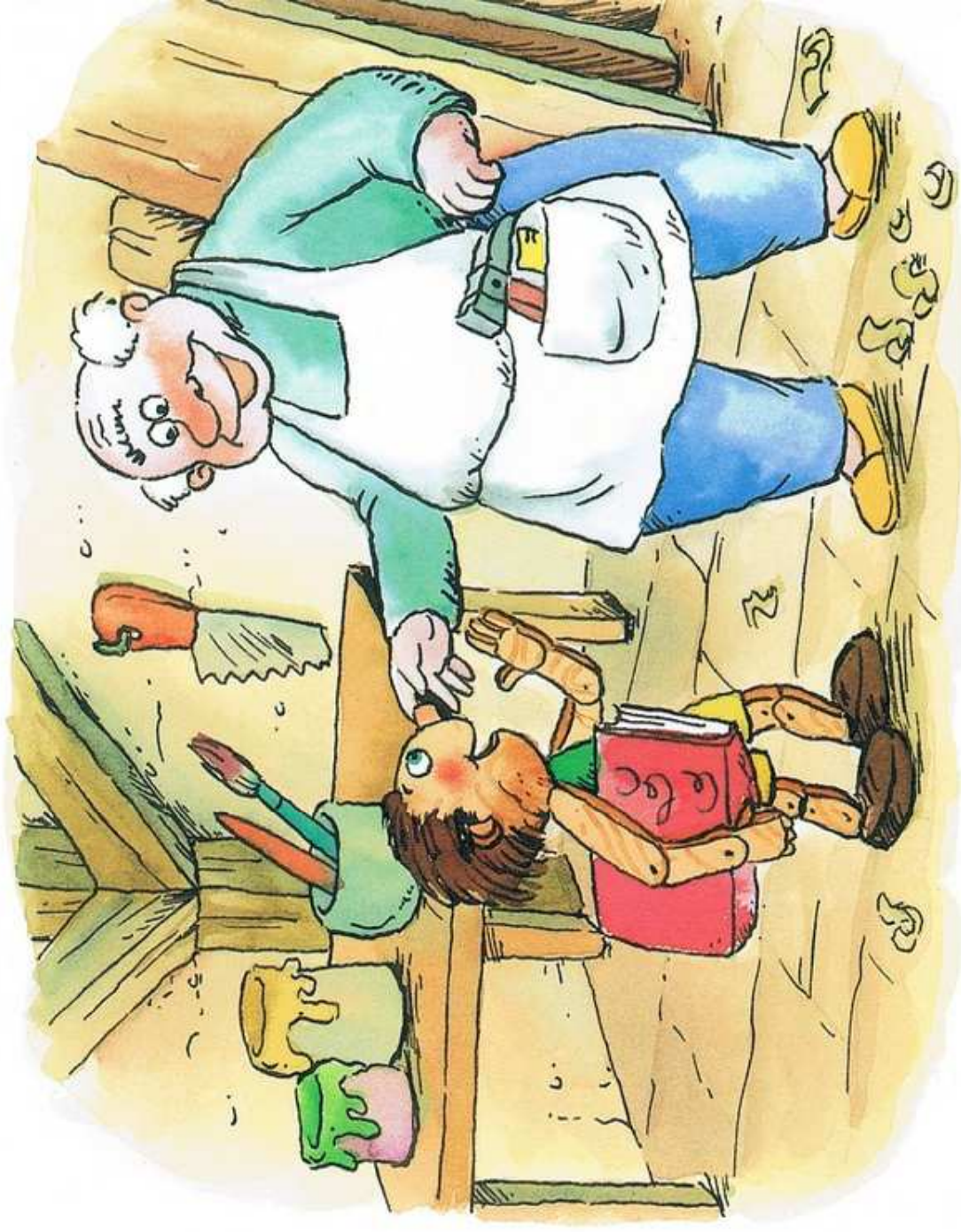
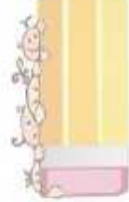
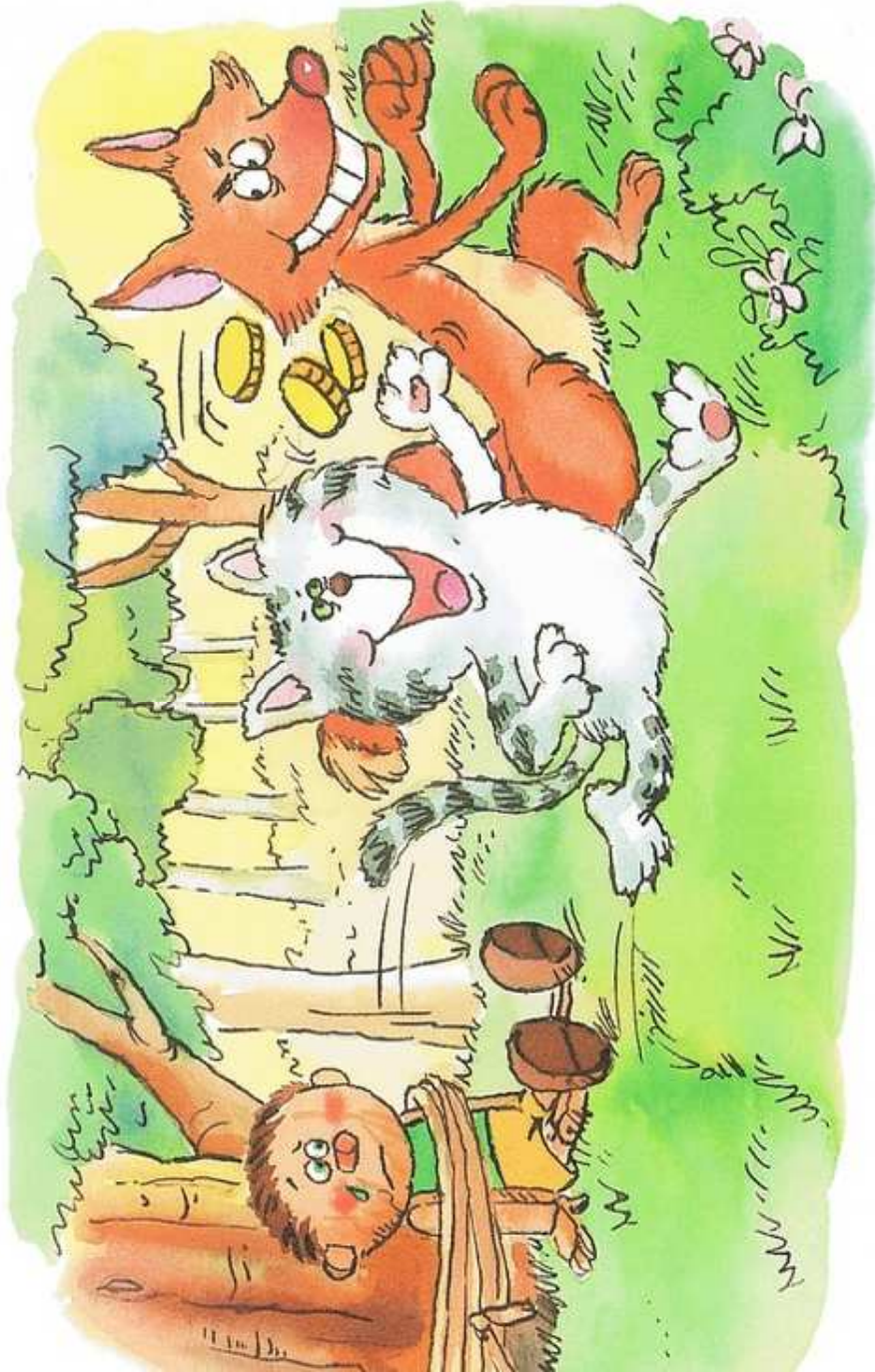
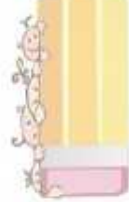








En su larga vida de carpintero, Gepetto había realizado muchos objetos muy hermosos. Pero, al llegar a su vejez, se sentía muy solo, pues no tenía con quién compartir sus últimos años. Se le ocurrió entonces la feliz idea de construir un muñeco de madera, al que puso el nombre de Pinocho.

–Bueno, ahora ya tengo un hijo para sentirme acompañado. ¡Qué lástima que seas de madera! Nunca podré verte saltar...

Gepetto había sido tan buena persona que el Hada Ilusión se compadeció de sus quejas. Esa misma noche, mientras el anciano dormía, tocó con su varita mágica al muñeco y éste cobró vida. Pinocho pareció despertar de un profundo sueño. Miró sorprendido el taller de su padre, lleno de brochas, clavos y serruchos. Sobre la mesa, encontró un grillo que le explicó lo sucedido:

–Hola, Pinocho. Soy Pepito Grillo y puedes considerarme un buen amigo tuyo. El Hada Ilusión te ha dado vida para que acompañes a tu papá, Gepetto. Espero que seas obediente con él y no le des disgustos. Ya es un anciano y sólo se merece lo mejor.

Esa misma mañana, cuando Gepetto encontró a Pinocho vivo, se llevó la alegría más grande de toda su vida. ¡Su sueño se había hecho realidad!

–¡Qué feliz soy, Pinocho! ¡Qué días tan dichosos nos esperan juntos! Pero, claro, tú eres un niño, y tendrás que ir a la escuela... –le dijo el carpintero al tiempo que le daba un hermoso libro en el que aprendería a leer–. No te entretengas por el camino. Yo estaré esperándote en casa.

–Volveré nada más salir de clase, papá –prometió Pinocho ilusionado con todas las cosas que iba a descubrir.



Pinocho echó a andar camino de la escuela con su libro a cuestas. Iba mirando los escaparates, todos repletos de juguetes y dulces y otras cosas maravillosas que desconocía. Se le ocurrió entonces que podría vender el libro que le había entregado Gepetto para comprarse con el dinero que consiguiera algún capricho caro. Y así lo hizo. Le dieron tres monedas que estaba dispuesto a gastar cuando saliera de la escuela. Pero antes de llegar al colegio, se encontró por el camino con dos curiosos personajes: un gato ciego y una zorra coja.

—¿No quieres venir con nosotros a jugar un rato, Pinocho? ¡Ya irás mañana a la escuela!

Pinocho olvidó la promesa que le había hecho a Gepetto y aceptó la invitación. Se dirigieron a un bosque frondoso y solitario a las afueras de la ciudad. Allí, el pobre niño se dio cuenta de que ni el gato era ciego ni la zorra era coja. ¡Y tampoco querían ser sus amigos! ¡Le habían engañado! Sólo deseaban robarle sus tres monedas. Ataron a Pinocho a un enorme roble, cogieron su dinero y huyeron muy contentos de su fechoría.

Pinocho lloraba desconsoladamente. ¿Qué podía hacer él ahora, abandonado en aquel bosque? El Hada Ilusión oyó su llanto y acudió a socorrerle.

—¿Qué ha sucedido, Pinocho? —preguntó mientras desataba las cuerdas que le tenían amordazado.

—De camino a la escuela, dos malhechores me asaltaron y me obligaron a venir al bosque...

Pinocho contó varias mentiras sobre lo sucedido. Pero, ¡ay!, por cada mentira que contaba le crecía la nariz un palmo.

—No debes decir mentiras nunca más —le aconsejó el Hada—. Prométeme que de ahora en adelante te portarás bien. Yo haré que unos pájaros carpinteros arreglen tu nariz.



Pero Pinocho no había aprendido la lección.

Cuando desapareció el Hada Ilusión, se dirigió a la escuela. ¡Era el centro de atención de todos los niños, que nunca habían tenido por compañero a un muñeco de madera! Se hizo amigo inseparable de los más vagos y de los más revoltosos. Una tarde, dos muchachos le convencieron para que les acompañara a un lugar fabuloso, el País de los Juguetes. Para llegar rápidamente, se montaron los tres en un carro de heno conducido por un señor gordito y con cara de manzana.

En aquel país no había libros, ni escuelas, ni maestros... Sólo lo habitaban niños holgazanes. Pinocho se olvidó de Gepetto, que le esperaba en casa lleno de pena por la tardanza de su querido hijo de madera. El Hada Ilusión decidió que Pinocho merecía un nuevo castigo. Se presentó ante él y le preguntó:

—¿No me habías prometido ser obediente, regresar a casa y no dar disgustos a tu padre?

A Pinocho no se le ocurrió otra cosa que inventarse mil excusas y mentiras fabulosas que, por supuesto, el Hada no creyó. Como castigo, le convirtió en un burro con enormes orejas y un rabo peludo.

El dueño del carro de heno, aquel señor gordito y con cara de manzana, encontró a Pinocho transformado en burro y decidió venderlo a un circo. Como el burro era realmente un animal extraño y extraordinario, el dueño del circo le pagó una buena fortuna por la adquisición.

¡Pobre Pinocho! Se vio obligado a trabajar día y noche en el circo, en los números más arriesgados, donde todos se reían de sus caídas... Se acordaba entonces del cariño que le había regalado su padre... Se arrepintió con el corazón de todas sus mentiras y travesuras.



PINOCHO IV

Gepetto había salido a buscar a Pinocho por todos los rincones. Como no le encontró, pensó que quizá su hijo había caído al mar. Se montó en una barca con tan mala suerte que, por culpa de una tormenta, la barquita naufragó. El anciano acabó en el vientre de una gran ballena.

Pinocho consiguió escaparse del circo y se encaminó hacia su casa, pero la encontró vacía. Una paloma le informó de que su padre había salido en su busca y le guió hasta el mar. Allí, un delfín le contó la historia del naufragio.

–Encontraré a mi padre aunque sea en las profundidades del mar –dijo Pinocho.

Y se arrojó a las olas. El contacto con el agua deshizo el hechizo del Hada y Pinocho se convirtió de nuevo en un muñeco que se hundió en el mar. Antes de que su cuerpecillo tocara el fondo marino, apareció la ballena que había tragado a Gepetto y, de otro bocado, engulló al muñeco.

¡Menuda sorpresa se llevaron padre e hijo al reencontrarse en el vientre del animal! Se abrazaron llorando de alegría y se pusieron a cavilar cómo salir de allí. Con restos de naufragios que el gran pez se había zampado, construyeron una balsa e hicieron una pequeña fogata. El humo irritó los pulmones del pez, que estornudó y escupió a los molestos huéspedes de su barriga. Sobre la balsa, padre e hijo remaron con todas sus fuerzas para alcanzar la orilla.

Ya en tierra, Pinocho le contó a Gepetto sus aventuras y desventuras, y le confesó que estaba arrepentido por su mal comportamiento. Como hablaba con sinceridad, el Hada Ilusión, que lo había oído todo, pensó que había llegado el momento de recompensar a Pinocho. En vez de un muñeco con vida sería un niño de verdad, de carne y hueso.

Así se cumplieron los mayores deseos de Gepetto y su hijo, que desde entonces estuvieron siempre juntos y felices, cuidando el uno del otro con gran amor.